

Nunca más un día de la madre

El estruendo provocado por el choque brusco entre la cadena y el enorme candado, era equivalente al hecho de refregarse los ojos y preguntarse ¿dónde estoy?. Las enormes y oscuras puertas de metal, además de generar una sensación de pequeñez e impotencia en quien curiosamente se dedicaba a chequear de abajo hacia arriba sus longitudes, eran el muro divisorio entre dos mundos; el punto exacto donde los destinos invisibles y las historias olvidadas, con cierta turba extrañeza, se juntaban para contar sobre lo que no se conoce a ciencia cierta, mien-

tras un estrecho timbre de voz parecía revolverse en el trajinar cotidiano de familiares, abogados y policías.

Tras la puerta, una vez realizada la requisa —de pies a cabeza y la confiscación de artículos considerados sospechosos—, se aplastaban fuertemente sobre el antebrazo de dos a tres sellos en azul oscuro, con siglas, nombres y dibujos raros para evitar confusiones de forma y fondo en relación a lo correcto y lo incorregible. Listo, puede entrar decían las guardias y lo primero que en el patio saltaba



a la vista era la ropa de colores colgada como banderines de una patria en libertad, encima de los barrotes externos de las celdas, el intento de que las prendas se escurrieran a tiempo, animaba el arribo esperanzador del sol por las pequeñas ventoleras.

Estela Salomé Gutiérrez o Doña Estelita (como le gusta que la llamen) por haberse ganado el respeto de sus compañeras, prefiere no celebrar nunca más el día de las madres, aunque a sus 40 años tiene cinco hijos. Recuerda que en aquel día el operativo antidrogas invadió su casa justo cuando mariachis, hijos, amigos y conocidos cantaban para ella, a viva voz “todos tienen una madre”.

Ella dice que el momento más duro y desesperante fue cuando sus pequeños eran arrancados bruscamente de su regazo y, a pesar de que nunca más va a compartir con ellos en cercanía, ni volverá a verlos crecer, se reconoce fuerte para luchar con el pro-

pósito de que las condiciones en la Cárcel de Mujeres de Quito mejoren y sean justas. Su historia y la de otras internas transcurrirán allí por un tiempo considerable. Si bien, me habían hablado de ella, no tuve el gusto de conocerla hasta que un hecho imprevisible, de alguna forma, nos acercara.

Convertir lo académico en una práctica humana, social y política movilizadora, plasmada en el ámbito de lo concreto, en tanto reajuste del pensamiento, del accionar y las percepciones, fue mi motivo



de proximidad con el entorno carcelario. Hacía ya algún tiempo que mis intentos de ingreso al Centro de Rehabilitación Social Femenino de Quito (CRSFQ)

con el fin de investigar la situación de las mujeres presas, se habían complicados. La intención de evitar acercamientos y la presión por compartir versiones oficiales sobre el estado situacional “favorable” de las internas, en medio de un sinnúmero de consejos y recomendacio-

nes de cuidado, auguraban dificultad y trabas. “En la cárcel hay que tener mucho cuidado, varias de las que están aquí son peligrosas, se creen víctimas y siempre ven el lado negativo en todo”, me dijeron anticipadamente algunos funcionarios, en tanto, distintas interrogantes invadían mi pensar: ¿qué significa ser una delincuente peligrosa?, ¿es ésta una pugna entre víctimas y victimarios?, ¿de qué debía tener cuidado y cuál era el sitio seguro?. Pese a la madeja de lana por desentrañar en mi cabeza, logré de inicio obtener una aceptación provisional para entrar.

La segunda vez que fui, en la puerta principal las guardias de turno, de ese día, me recibieron menos enojadas que de costumbre, en vista de que casi llegaba el día de las madres y el ambiente festivo movía, incluso, los sentires más profundos de las uniformadas. Una casual y amena conversa sobre lo difícil que es asumir la maternidad en soledad y el esfuerzo que implica para las mujeres el cuidado de sus hijos, captó por completo nuestra atención, lo cual, supuso mi fácil ingreso incluyendo con pertenencias.

Ya en el patio principal me recomendaron ubicar a Estelita por ser una importante líder. Así, emprendí la búsqueda pero me iba deteniendo, estupefacta, observé cada forma en el lugar que me hallaba. La cárcel era una obra de arte en acuarela, con muchos colores, y contenía desde las tonalidades más oscuras hasta aquellas que en pastel suave, advertían un ambiente sombrío, la existencia de un esfuerzo vital por representar la luz, aunque entrase por el lado más recóndito e imperceptible de una reja. En esa obra, las voces estaban vivas, las mujeres se escuchaban fuertes en su manera de hablar, tonos y palabras destinadas a nombrar lo que se podía ver y lo que había que inventarse para sortear el olvido. Una sabia certeza decía: “si no se dice tiende a desaparecer, además queda do-liendo”. Colección de gestos duros y medio amorosos, a la vez, maquillaje, ojos y pestañas delineadas (escondites de preocupaciones tristes), cuerpos semidesnudos, trazos de entradas y salidas, marcas, límites, figuras y sensualidades, cada tatuaje, cada parte del cuerpo gritaba en el deseo de salir, de hacer su propio



relato, ¿cuál es la facha de una mala mujer?, ¿se puede reconocer a simple vista cuándo alguien es delincuente?, ¿qué querían decir esos cuerpos, esos modos de hablar y esos gestos fugaces?.

Continué mi andar con ganas de que fuera lo más desapercibido, pero, en un espacio tan cercado, era casi imposible que alguien no notara una presencia nueva, a mis espaldas escuchaba “oiga niña ¿a quién le damos llamando?, diga no más, cincuenta centavitos le cuesta”, mientras otros susurros decían “a una de las nuevas le ha de venir a ver porque ésta no tiene cara de que le hayan cogido”. Pronto me indicaron que Estelita no podía recibirme ese momento porque estaba reunida, consecuentemente y, a vuelo de pájaro, deduje que tampoco era factible contactarme con las internas, sin embargo, decidí avanzar sola hasta dónde me lo permitieran, ¿qué era lo peor que podía suceder?.

Y ahora, ¿cómo entablo conversación con las mujeres?, ¿qué les digo para no sonar ni sensacionalista ni imprudente?, será de pre-

guntarles ¿cómo se sienten?, pero, ¿quién era yo para hacer ese tipo de preguntas?. Seguro me responderían algo como “bien gracias” y estaban en todo su derecho, a nadie le gusta que venga un desconocido a indagar aspectos personales. Sentí miedo, ese que provoca el encuentro con el otro, ese otro del que se sabe todo, sin conocer nada.

Subí a uno de los pabellones. El corredor era oscuro, un letrero viejo indicaba el nombre, olía a guardado y a humedad, hacía frío, las cortinas eran rojas, simples, pero había rigurosidad en la hechura de los moños. Al fondo, una imagen de Jesús del Gran Poder daba la bienvenida y se distorsionaba con el alto volumen del coro “Si tienes un hondo penar, piensa en mí, si tienes ganas de llorar, piensa en mí”. Por un instante, la vergüenza me acompañó a tocar la puerta, menos mal las internas acudieron al primer llamado. Entonces, salió su presidenta de pabellón y le hice unas preguntas, no se pudo evitar el ir y venir de frases protocolarias, tenía dos opciones: lanzarme a una conversa sincera y demandante o hacer una



inspección tipo visita de médico. Comprendí que la primera no podía ser desaprovechada así las contestaciones, de principio, fueron superficiales, algo me decía que detrás de ello había más; olfato investigativo, intuición, sexto sentido, razonamiento común.

mujeres miraban con atención a las compañeras, sólo unas pocas preparaban algo de comer y otras cuidaban la puerta avisando si hacía su aparición inesperada, alguna guardia de turno. Este tipo de reuniones estaban terminantemente prohibidas.

Cuando estuve a punto de salir del lugar, tres internas, al verme con la grabadora se acercaron a decirme “¿es usted de un medio de comunicación?, porque siempre hemos querido que vengan para decirles la verdad”. Quise responder pero no me dio tiempo el grito de una de ellas: “vengan, vengan, ha venido una señorita de la radio y todas pueden hablar y mandar saludos a los hijos que están en las Españas y en otros países, llamen a todas” Me tomaron del brazo con rapidez y sin darme cuenta, en menos de cinco minutos, estaba rodeada de aproximadamente veinte mujeres en una mesa de comedor, donde lo único mencionado fue que hablarían quienes quisieran, respetando lo que cada una tenía que decir. Entre recelo y temor empezaron a dialogar, no se escuchaba nada, a más de sus voces, ni siquiera la caída de un alfiler. Las

La conversación brotó como el caudal de una cascada, los sentimientos represados salieron a flote de menor a mayor en forma de criterios, denuncias, iras, lágrimas, dolores, anhelos, recuerdos y sueños, pues me remití a permanecer en silencio absoluto, ese día por primera vez alguien me enseñó a escuchar en todo el sentido de su magnitud, por eso, cada palabra o cada gesto, a esas alturas, no podían sino taladrar la susceptibilidad y las entrañas de cualquier mortal por más fuerte que fuera. Un golpe bien dado en toda la cara, diciendo despierta y deja la impavidez, un toletazo, una patada con venganza en el bajo vientre, un insulto, un expediente como los actos mundanos, como el asqueroso lugar de dónde procedes por ser mujer, por ser pobre, madre sola, puta, ladrona y paquetera de la calle, el desprestigio, la mala madre, el mal

=====

Expreso móvil

ejemplo y la vergüenza de la sociedad.

De distintas maneras las internas manifestaban¹: “Estamos hartas de que nos traten mal, aquí no hay agua para el aseo, el sistema sanitario está podrido, dormimos cinco en un espacio diminuto y nos asfixiamos”; “Señor Presidente le invitamos a que nos visite no sólo para pedir el voto sino para que vea cómo vivimos aquí sin nuestros hijos, por lo que más quiera, ya no meta más gente en la cárcel”; “aquí se aprende a ser solidarias cuando vemos que no hay quien les venga a dejar ni una pasta dental y si alguien amaneció triste, le vamos a ver aunque con un dulcecito”; “yo sólo quiero decir a mis hijos que hagan caso a la abuelita, ella me los cuida, que se le pide a Dios, además del perdón, la bendición para ellos, aunque con lágrimas en los ojos”; “en este país es un delincuente el que roba una gallina, ¿dónde están ahora los que se han robado la plata de

todos los ecuatorianos?, ¿no son ellos más delincuentes que nosotras?, para los platudos el delito de peculado y para nosotras el de robo. Lastimosamente, si tienes dinero para pagar a los jueces sales en dos días, de lo contrario te mueres aquí, la justicia es invisible porque no se ve y no se aplica por igual”. El aplauso colectivo ante esta última afirmación, no se hizo esperar.

De plano, la emotividad nos había amortiguado, nadie se percató de la hora, menos yo que tenía las piernas inmóviles y el entendimiento extraviado en esas declaraciones que me cayeron encima a manera de pedradas. Habían pasado varias horas hasta que alguien entró corriendo hacia dónde nos encontrábamos para informarnos que subían a ver qué sucedía en el pabellón por la bulla, muy asustadas todas se levantaron y se pusieron alertas, temían que sus nombres fueran revelados en las grabaciones, ya era tarde y mi

■ 1 Testimonios de las mujeres privadas de libertad del Centro de Rehabilitación Social Femenino de Quito. (2013). Insumos recuperados en audio y publicados como parte del trabajo: Inclusión Económica y Social de las Mujeres Privadas de Libertad. Centro de Rehabilitación Social Femenino de Quito: experiencias desde la reclusión y ejes para el diseño de una política pública.

presencia en el Centro irrumpía con el horario de atención para visitas, debí salir apresuradamente. Una vez en el graderío, cuatro guías penitenciarias me tomaron por las muñecas sacándome a empujones hasta la puerta principal, su actitud de sorpresa al saber que se me había permitido ingresar con la cartera, con un aparato de registro de audio y el celular, alarmó a todo el mundo y desplegó a un cerco policial frente a mí. Se presumía de mi vinculación con alguna banda delictiva, empezando con un interrogatorio hostil, y la incómoda requisita hasta en mis partes íntimas.

De inmediato llamaron a la Directora del Centro, me quitaron la grabadora y fui obligada a reproducir públicamente y en alto volumen el contenido de lo registrado, traté de explicar pero no funcionó, alguien dijo por ahí que la responsable de las internas estaba por acercarse a rendir declaraciones sobre lo que me encontraba haciendo yo con las mujeres y, que de no conocer mis

verdaderas intenciones, recibiría un castigo ejemplar, así como todos quienes por irresponsables me permitieron la entrada. La angustia me paralizó, me preocupaba por ellas, por mí, por todo, lo peor que podía ocurrir era perjudicar a la gente (maldito sistema de mierda). La impotencia me jugó una mala pasada.

Entonces, salió de algún lugar una señora, iba a prisa, de mediana estatura y cabello rizado, estaba nerviosa y tan asustada como yo, seguro la interna que esperamos, pensé. Luego estuvimos cara a cara, pero antes, unos pocos minutos se colocó junto a mí y en dos fracciones de segundo le pude decir mi nombre, mientras alcancé a expresar con disimulo “no quiero perjudicar a nadie, vine a conversar con ustedes, a escucharles”. Un cierto ejercicio de complicidad nos calmó el sudor, nos miramos fijamente, noté en sus ojos sinceridad, me respondió “yo no le conozco, prométame que no va a poner en evidencia a las



compañeras porque habrán represalias, deme su palabra”, asentí firmemente con la cabeza, de ese modo jamás.

Acto seguido la mujer indicó que me conocía y que le había entregado un oficio con la aprobación de instancias superiores para el desarrollo de un trabajo estudiantil, su buen ojo sobre mi apariencia le hizo presumir con efectividad que era estudiante, además fue muy inteligente al decirlo. Después, entramos todos a la oficina y venía lo peor, deseaban con ansias escuchar las 3 o más horas registradas en el aparato de audio, los comentarios de las internas eran la principal preocupación de autoridades y funcionarios, pensé que todo lo realizado estaba en grave peligro,

así como lo construido en el compartir.

El corazón se me detuvo cuando pusieron play, la señora y yo seguíamos mirándonos, un sudor frío bajaba de nuevo por mi espalda, sólo pedía que algo, lo más parecido a un milagro, pasara, ya nada se podía evitar. De repente, ante el público en general (policías, guías, autoridades y funcionarios) se colocaron en evidencia algunos criterios amables sobre la gestión carcelaria, a fuerza de suerte y en beneficio de todos los presentes, sucede que, de tanto manipular la grabadora de un lado a lado, ésta pudo reproducir la primera entrevista efectuada, esa que al principio me pareció simple y llena de protocolos, quién iba a pensar que



nos salvaría la vida. No quedaron del todo contentos pero fuimos declaradas inocentes.

A pesar del alboroto y de la reprensión que varios tuvimos que aguantar en esa ocasión, una de las cosas más significativas fue descubrir que la mujer a quien deseaba encontrar con el objetivo de hacerle una entrevista, apareció para susurrar una frase profunda a mi oído, demostrando su lealtad y complicidad aún sin conocerme, Estela, de cariño Doña Estelita y yo, nos conocimos así, de la forma más incómoda pero auténtica.

En el tiempo dedicado al trabajo con las mujeres privadas de libertad casi no puede conciliar el sueño. Hay situaciones de la vida que trastocan, desconciertan y desequilibran, las amistades de otras vidas encontradas por casualidad, que habitan ahí en las cuatro paredes, las fotografías descoloridas de sus hijos, madres y familiares, el olor a perfume de a dólar, a hierba, a bazuco y fritura, las enfermedades del alma y del cuerpo, el no tener ni para comprar un litro de leche e innumerables registros inhumanos, pero también

gente de espíritus completos, no eran fáciles de olvidar, así las fuentes oficiales aseguren lo contrario.

El encierro tenía el poder de rebasar toda comprensión lógica sobre la realidad, lo cual me permitió hacer cuestionamientos en torno a ¿qué cosas cambiaron de lugar al palpar de cerca las voces de la cárcel?. Ni siquiera la política pública, la crónica roja o la academia podían explicar el impacto que causa ubicarse frente a alguien que, pese a estar encerrada y ser catalogada bajo el título de “delincuente”, termina siendo como una, con las mismas manos y los mismos pies. El sentido de las infinitas formas en las que se compartía la reclusión o la solidaridad a través de un diálogo, de una palabra que al pronunciarse curaba y secaba lágrimas, moldeando a fuerza las ganas de sobrepasar hasta los cercos más gigantes, sólo era admisible si el reto de “ponerse en los zapatos del otro”, se concretaba. Complicado pero cierto.

¿Qué quiere castigar la cárcel, a quiénes pretende condenar y por qué?, ¿acaso no es más cruel que un robo, la desatención de las ne-

cesidades básicas y la violación de los derechos humanos fundamentales mucho antes de la pena?, ¿quién hace más daño a quién?. En la investigación planteada como objeto de acercamiento con las mujeres privadas de libertad del Centro de Rehabilitación Social Femenino de Quito, se determinó que, durante el período 2012-2013, el 80% de internas estaban acusadas por delito de micro tráfico de drogas o trabajo de mulas, integrando el eslabón más empobrecido y explotado en la cadena de narcotráfico transnacional. De este porcentaje, la mayor parte eran madres cabeza de hogar y tenían a su cargo el cuidado de hijas, hijos u otros familiares (Pinos, 2014).

¿A quiénes más se castiga cuando se encarcela a una mujer?, ¿qué sucede con los círculos de cuidado y con todos quienes dependen de ellas para sostener sus vidas?. Sin duda, no se ha logrado identificar el espacio que ocupan las mujeres presas en la cadena de excluidos, sus derechos tampoco son considerados ni dentro ni fuera de la cárcel y, por tanto, convertidas en seres invisibles. A pesar de que lle-

van el peso del encierro y la sobre criminalización a sus espaldas.

Conforme a la información emitida por el Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos, en el último año (2013), la población carcelaria fue de 24. 203 personas privadas de libertad (ppl), mientras la capacidad máxima del Sistema Penitenciario en general, estaba prevista para 12. 338 internos e internas (El Comercio, 2013). El hacinamiento, las pésimas condiciones de vida y los esfuerzos casi siempre inútiles para resolver desde el endurecimiento de castigos y la acción Estatal, problemas cuya profundidad tiene que ver con un tema de justicia social, igualdad, acceso equitativo a oportunidades y derechos, no son más que señales de crisis y respuestas aisladas frente a algo que parece desbordarse, inclusive, dentro de uno mismo.

Las cifras, las estadísticas y números jamás me hubiesen brindado la experiencia de palpar en las manos frías, sudorosas y desconfiadas de otra como yo, el dolor, la angustia, la lucha y la rebeldía. Al contrario de lo que escuché, en la Cárcel de



Mujeres vivían cuerpos con formas similares, con historias sorprendentes parecidas a novelas policíacas de finales tristes, fatales e inconclusos. Las cicatrices marcadas en la piel eran historias, rompecabezas, trofeos de guerra, y focos de alerta para describir con nombre y apellido lo que tiene de feo la sociedad. Cabe, entonces, la pregunta: ¿a qué le tenemos miedo, qué es lo que tanto molesta?

Las vivencias impregnadas de olores y sensaciones serían las memorias llevadas al mundo de afuera para evitar que se ahonden rupturas, procurando hacer una recomposición desde el escrito y desde el poder liberador que tiene la palabra, una tarea de reconocimiento digno a la humanidad de

éstas mujeres, a su valor y fortaleza, pero también, una apuesta consciente para que lo teórico salga de las aulas y logre remover de a poco lo que parece imposible.

Antes de que se marchitaran los girasoles amarillos, que coloqué en el jarrón de la habitación de Estelita, como un gesto de reivindicación de los afectos frente a tanta hostilidad, le abracé y me fui. Mientras iba de regreso, recordé que hace unos años leí por casualidad en la primera plana del Extra, con letras rojas y una foto mediana: “Mariachis y narcos encontrados infraganti, persecución termina con malhechores del hampa en el día de la madre”.

El mundo es un pañuelo.

BIBLIOGRAFÍA

- El Comercio. (2013, Diciembre, 03), “La población carcelaria del país subió en los últimos dos años”. Redacción Seguridad y Justicia. Artículo en línea disponible en http://www.elcomercio.com/seguridad/Guayaquil-carcel-Penitenciaria_la_Roca_0_1040896003.html, 27 de diciembre de 2013.
- Pinos, D. (2014). Inclusión Económica y Social de las Mujeres Privadas de Libertad.
- Centro de Rehabilitación Social Femenino de Quito: experiencias desde la reclusión y ejes para el diseño de una política pública. (Tesis de maestría en Desarrollo Local). Universidad Politécnica Salesiana. Quito. Documento sin publicar.

* **Doris Elena Pinos Calderón.** Licenciada en Comunicación Social. Universidad Central del Ecuador. Becaria en la Universidad de las Américas-UDLA. Maestría en periodismo. Magíster en Desarrollo Local. Universidad Politécnica Salesiana. Fundación Rosa Luxemburgo-Promotora de Derechos Municipio del Distrito Metropolitano de Quito: Administración Zonal “La Delicia” Departamento de diálogo social- Desarrollo de procesos de diálogo social y fortalecimiento de la participación ciudadana en los barrios y sectores de la zona La Delicia.